

Noticiario

En Caracas, y editado por el Ministerio de Educación Pública de Venezuela, acaba de ser publicada una «Antología del Cuento Venezolano». La selección está hecha por Arturo Uslar Pietri y Julián Padrón, nombres altamente conocidos en la literatura americana.

Dicha obra ha sido publicada en dos tomos, y en ellos se estudia a los cuentistas venezolanos desde 1895 hasta 1935. Tiene un prólogo escrito por Uslar Pietri, del cual copiamos una parte que seguramente es de interés para los lectores de «Atenea», pues el proceso del desarrollo del cuento en Venezuela es casi idéntico en sus orígenes y causas al que ha seguido ese género literario en nuestro país.

«El temperamento artístico venezolano—dice Uslar Pietri—en términos generales se acerca más a lo poético y a lo intuitivo. Por otra parte, raros son los escritores venezolanos a quienes el temperamento o la ocasión han permitido entregarse plenamente al paciente trabajo de investigación, decantamiento y estructuración que exige la novela. Estas consideraciones acaso contribuyan a explicar por qué tenemos tan grande y valiosa familia de cuentistas, junto a contados novelistas de primer orden».

«Nuestra literatura narrativa, y en especial el cuento, nacen verdaderamente desde el momento en que empieza a producir sus primeros fecundos efectos el naturalismo francés.

«Ya desde la época del gran florecimiento de los costumbristas pudieron notarse en nuestra evolución literaria dos corrientes paralelas y sin contacto. De una parte los cultos, los letrados, los retóricos o los académicos, para quienes el arte era ante todo una cuestión de formas establecidas y tradicionales. De otra los improvisados, los rebeldes a las formas y reglas cultas, los buscadores de vitales novedades. La carta de Limardo delimita rigurosamente nuestras posiciones para la hora del nacimiento de nuestro naturalismo, o de lo que, con mejor sentido, hubo de llamarse después criollismo.

«El criollismo había descubierto ante los ojos engolosinados de sus secuaces, la maravillosa veta virgen de una novelística propia. La facilidad de explotación constituyó una tentación diabólica que estuvo a punto de dar al traste con el género, entre una avalancha de chatas vulgaridades, de requisitorias chabacanas y de torpes incursiones en el refranero popular.

«Pronto tenía que verse que no bastaba con llamar Juancho a Pablo, y Petra a Virginia, interpolando aquí y allá algunas escenas venezolanas, para hacer criolla la novela de Bernardín de Saint Pierre. Si había de existir una novelística criolla, tenía que encontrarse más allá de esos pueriles recursos, más allá del simple glosario y de la anécdota banal. La literatura criollista, para adquirir verdadera originalidad y derecho a la vida, tenía que intuir o analizar las misteriosas relaciones peculiares que funden al venezolano con su medio, con su historia y con su destino. Esta etapa superior y de permanente validez la ha alcanzado ya nuestro criollismo en excelsas ocasiones».

Estos conceptos del novelista venezolano definen en forma clara y precisa todas las dificultades que el cuento criollista ha debido vencer para llegar a esa etapa superior y de permanente validez de que habla Uslar Pietri, etapa que creemos no equivocarnos al afirmar que ha llegado ese género en nuestro país.

* * *

Intrascendente y desprovista de hondo sentimiento, puede decirse que es la expresión poética de la mayoría de los poetas jóvenes de hoy. Jacintos, nardos y lirios de los más extravagantes colores profusamente distribuidos en cada estrofa constituyen casi en su totalidad la riqueza imaginativa del verso. No les preocupa la emoción honda y armoniosa sino el juego de palabras musicales, que resbalan como el agua sobre el cristal, sin dejar huella de ninguna especie.

Es cierto que cada poeta es dueño de decir en la forma que se le ocurra su canción interior. Pero uno se detiene a pensar en qué razón hay para que escriba quien no se siente sacudido por el gozo o por esa emoción que toca las fibras más recónditas del sentimiento. Esto se nos viene a la mente hojeando este simpático tomo de versos de María Cristina Menares «La Estrella en el Agua», en el que se advierte manifiestamente el influjo de los poetas que más afinidad encontraron en su temperamento. Sería injusto decir que en María Cristina Menares no hay un artista verdadero. Hay en sus composiciones delicadeza y finura. Pero ese eterno afán de decir confusamente lo que se está sintiendo, desconcierta al lector sincero, lejos de emocionarlo o de dejar en él ese intenso latido que como una oculta resonancia, o como un perfume se queda en el alma con persistente deleite:

Alida

era el nombre de la niña
que un día amaneciera dormida
en el lecho del bosque.

La que desde aquella mañana
viviera sonrojándose la risa

de amapolas
y llenándose la falda de espigas
mandarinas y guirnaldas.

Tenía la piel
como racimo de uva clara
a la hora del mediodía,
y el corazón extenuado de malvas
y estrellas desconocidas.

Así comienza la historia de Alida quien es, por lo que vemos, una niña que reúne encantos y dones que tienen mucha relación con los que hay en la naturaleza, flores, zumo de fresas, rocío dulce de magnolias y muchas otras ingénitas gracias. Pero esta Alida es un ser sin alma, sin anhelos transfundidos en un ideal humano. Por la descripción que María Cristina Menares hace de Alida, sabemos que es bella, pero no podemos retener su imagen, que huye de nosotros y que seguramente se nos olvidará después de escribir estas líneas. ¿Es que no hay pasión humana en el poeta de hoy? ¿No hay arranques de intensidad pasional que hagan decir con palabras propias, algún concepto parecido a aquéllos que sabía expresar la Mistral en sus primeros tiempos?

El va amando a otra
por la tierra en flor.
Ha abierto el espino,
pasa una canción.
¡Y él va amando a otra
por la tierra en flor!

¡Qué distinta es la manera de sentir de los jóvenes de ahora! Países de vidrio, faroles de azahar, manos de nardo. Qué frío nos dejan... Aunque seguramente como intento de encontrar

otro camino el esfuerzo tiene méritos que no llegamos a apreciar en su verdadero alcance.

* * *

Ciro Alegría, cuyo nombre ha estado estos días en el tapete de la actualidd literaria con motivo de haber obtenido el premio de novelas latinoamericanas, con su obra «El mundo es ancho y ajeno», es el prologuista de la novela de Efrim Szmulewicz; «Un niño nació judío», que ha lanzado a la circulación la editorial Zig-Zag en un hermoso volumen de 200 páginas.

Creemos de interés dar a conocer a los lectores de «Atenea» una parte de las opiniones que emite Alegría en sus palabras de presentación a este libro, de cuyo autor conocemos sus cuentos, que nos dejaron la mejor impresión, por la sencillez de su estilo, y por la fuerza expresiva que en ellos se advierte.

«Este libro nos asoma a un mundo extraño, sufriente y esperanzado. Sin acudir al recurso barato de presentar algún «progrom» Szmulewicz logra darnos una impresión muy clara de la permanente angustia moral que azota la existencia israelita. Nosotros mismos nos ponemos a reflexionar en esta dura situación. Existen pueblos oprimidos, pero casi siempre—y al hacer la observación no pretendemos justificar ningún sojuzgamiento—su condición intelectual es inferior a la de los dominadores, o por lo menos no puede competir en el plano de la técnica moderna. Allí están para probarlo los pueblos salvajes del Africa, los nómades o anarquizados de Arabia...

«Si Szmulewicz no apela a la truculencia del «progrom», ahora es bueno advertir que tampoco a ninguna otra. Al escritor le preocupa ante todo la belleza. «Un niño nació judío», siendo una requisitoria desde muchos puntos de vista, muestra siempre a un autor preocupado de los valores literarios y que sabe armonizar sus materiales. Anota lo preciso y avanza aho-

rando esos detalles engorrosos o inútilmente crudos que con harta frecuencia forman el lastre de otras obras».

Son sin duda las de Alegría, palabras que predisponen a la lectura de esta novela, en la que sus personajes son esos judíos de quienes tanto se habla en todos los ámbitos del mundo y a quienes se ataca con encarnizamiento y se defiende también por otro lado con pasión.

* * *

Hace tiempo, Estela Miranda publicó un libro de poemas titulado «Lejanías en el desierto», que fué muy bien acogido por la crítica. Ahora la poetisa, después de algunos años de recogimiento, nos anuncia otro libro: «Sugestión de la montaña», que será editado en breve por Nascimento.

La primera parte de este volumen son poemas, en los cuales la autora manifiesta su amor por la naturaleza. Estela Miranda vivió su infancia en el campo y todo ese encantamiento del paisaje se quedó prendido en su sensibilidad. El agua de los esteros campesinos que muestra secretos interminables entre el follaje; el fresco y oloroso rumor del viento entre los árboles del bosque, la orquestación agreste de los pájaros y todo aquello que en el campo tiene su hechizo y sugestión, son los temas en que se nutre su inspiración,